

## Del espacio vivido al espacio del texto Significación histórica y literaria del estar en el mundo

Fernando Aínsa\*

### Resumen

En la línea de los estudios sobre el espacio iniciados por Arturo Ardao, el ensayo "Del espacio vivido al espacio del texto" prolonga esa reflexión gnoseológica desde una perspectiva latinoamericana. Los conceptos de punto de vista, horizonte, perspectiva, puntos cardinales configuran el "espacio que se es", construido tanto con el espacio exterior como interior, subjetividad inserta en una temporalidad histórica del "espacio vivido" en la que Ardao fundaba la tesis central de su obra *Espacio e inteligencia*. En la construcción del espacio latinoamericano propuesta en el presente ensayo, la literatura ha desempeñado un papel significativo al propiciar un pasaje del "espacio vivido" al "espacio del texto". Un texto eminentemente literario que ha incorporado el espacio y el paisaje como tema y motivo y donde los escenarios representativos de la historia latinoamericana "rezuman temporalidad".

**Palabras claves:** espacio / espacio subjetivo / espacio vivido / estar aquí / horizonte / lugar / sistema de lugares

### Abstract

Along the line of studies about space undertaken by Arturo Ardao, the essay "From the Space Lived to the Space of the Text" extends that gnoseological reflection from a Latin-American perspective. Such concepts as point of view, horizon, perspective and cardinal points configure "the space that one is", built up from both the outer and the inner space, thus constituting a subjectivity that inserts itself in a historical temporalness of "the space lived", upon which Ardao based the central thesis of his work *Space and Intelligence*. In the building up of the Latin American space proposed in this essay, literature has played a significant role by providing a passage from "the space lived" to "the space of the text", a text that has incorporated the space and the landscape as a theme and motif, where the representative sceneries of Latin American history "ooze temporalness".

**Key words:** space / subjective space / space lived / being here / horizon / place / system of places

---

\* Ensayista y crítico uruguayo. <fainsa@terra.es>

## Introducción

Recuerda Arturo Ardao en el “fragmento preliminar” de *Espacio e inteligencia*<sup>1</sup> que si el inicio del siglo XX se caracterizó por la reflexión sobre la noción de *tiempo* —“temporalismo” que marcó las obras de Bergson (*Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*, 1889) y de Heidegger (*Ser y tiempo*, 1927)— las últimas décadas del siglo pasado se centraron en la noción de *espacio*, “espacialismo” que tras surgir en el seno de la reflexión temporal—y del que la obra de Minkowski, *El tiempo vivido* (1933), fuera su primer jalón— adquirió una autonomía epistemológica de la que el ensayo de Ardao sería pionero en América Latina.

*Espacio e inteligencia* se inscribiría en una reflexión ontológica que no prescinde de la gnoseológica que la idea de “inteligencia” conlleva, reflexiones que incorporan las preocupaciones antropológicas presentes en esa continuidad entre naturaleza y cultura, entre la dimensión temporal y la espacial que caracterizan el espíritu humano. Su publicación supuso una sugerente apertura temática, no sólo en el campo filosófico del continente, sino en el de la propia obra de Ardao. Reconocido por sus ensayos fundacionales sobre historia del pensamiento uruguayo —lo que llamaba con modestia no exenta de sabiduría, *Etapas de la inteligencia uruguaya* (1968)— se lo asociaba más con el investigador de “campo” apoyado en un sólido trabajo historiográfico que con el puro especulador teórico del filósofo ajeno a su tiempo y circunstancia.

Los aportes de Ardao a la historia de las ideas en Uruguay —tanto filosóficas como políticas y religiosas<sup>2</sup>— su “dialéctica” de perspectiva latinoamericana, su visión integradora en la tensa, pero ineludible, noción de Occidente en la que prolongaba e incluía la realidad del Nuevo Mundo, han hecho de su obra un obligado referente del racionalismo liberal de larga implantación nacional y universitaria. Y lo han hecho sin pretender erigirse en expresión de una filosofía de signo nacional o regional.

Solía repetir, no sin ironía, Leopoldo Zea que ni Sócrates ni Platón afirmaron nunca estar haciendo “filosofía griega” y, menos aún, “filosofía universal”. Pensaron en un momento dado de la historia y lo hicieron desde una sociedad y un punto determinado, confluencia histórica, social y geográfica a partir de la cual se desplegó un sistema de pensamiento que, sin ser explícitamente griego o universal, dio respuestas válidas al

hombre de su tiempo, muchas de las cuales nos sirven todavía hoy. *Espacio e inteligencia* se inscribiría en esa dirección de enraizado universalismo.

En 1985, gracias a Don Leopoldo, conocí en París a Arturo Ardao de quien había leído sus trabajos sobre el pensamiento uruguayo, pero del cual ignoraba la edición venezolana de *Espacio e inteligencia*, publicada por la editorial Equinoccio de la Universidad Simón Bolívar. Ardao, por el contrario, conocía mi libro *Los buscadores de la utopía* (1977), editado también en Venezuela por Monte Ávila, ensayo crítico subtítulo, no por azar, *Significación novelesca del espacio latinoamericano*. Influida por la fenomenología de críticos como Georges Poulet y, sobre todo, por *La poética del espacio* de Gaston Bachelard, había estado trabajando, sin saberlo, en su misma dirección, aunque centrado en la creación literaria. Las bases del diálogo estaban, pues, naturalmente echadas y salí de aquel enriquecedor primer encuentro con un ejemplar de esa primera edición de 1983<sup>3</sup>. A partir de ese momento, sus páginas serían mentoras de mis trabajos “espacialistas” ulteriores, especialmente los capítulos “La antropología filosófica y la espacialidad de la psique” y “Naturaleza y cultura en los puntos cardinales”.

Las reflexiones que siguen no intentan ser más que un homenaje a ese magisterio iluminador y fuente de una inspiración que, felizmente, no cesa.

### **Del espacio euclidiano al ser creador de horizontes**

La noción de espacio ha estado tradicionalmente asociada a la idea de hueco y de vacío. Ha sido objeto de estudio de la física, las matemáticas y la geometría. Medio indefinido por naturaleza, el espacio se identifica con el aire y con el “recipiente”, “continente” en cuyo interior se sitúan los objetos. Gracias a instrumentos científicos que han incursionado en lo diminuto (el microscopio) y en lo lejano (el telescopio), la tridimensionalidad clásica del espacio euclidiano que podía percibirse por los sentidos —el largo, ancho y alto— se ha extendido a límites que rebasan la noción del espacio convencional. La noción se extiende ahora al espacio extra-terrestre, cuya exploración y conquista<sup>4</sup> se proyecta en la llamada “aventura espacial”. En un universo que se sospecha infinito, el vacío se ha sustituido por una noción más compleja con variados referentes, donde, más que nunca, parece válida la indefinición que a

modo de definición daba Pascal: “el universo es una esfera en la cual el centro está en todos lados y la circunferencia en ninguna parte”.

Puramente cuantitativos a primera vista, los conceptos relacionados con el espacio expresan, sin embargo, un juicio de valor. Los objetos que lo ocupan son aprehendidos no sólo por la forma geométrica y las fórmulas matemáticas en que resumen y simbolizan el mundo exterior de las apariencias, sino también a través de una relación subjetiva compleja. Desde la *Física* de Aristóteles, “las partes y especies diferentes de los lugares” son el arriba y el abajo, la derecha y la izquierda, el delante y el detrás, términos elaborados a partir de un observador que está de pie, un hombre cuyo punto de vista crea horizontes y perspectivas.

Esta dimensión humana es retomada a partir del Renacimiento, cuando el espacio se asume como experiencia modelada por la cultura. De este modo el clásico espacio euclidiano se vuelve relativo a través de los juegos refinados de reenvíos y correspondencias entre variados componentes de la naturaleza y la cultura, del individuo y la sociedad. La noción física y geométrica espacial adquiere una densidad específica propia, poblada por un “bosque de símbolos” de signos diversos. Hoy resulta evidente que a culturas diferentes correspondan percepciones sensoriales diversas, representaciones cosmogónicas tradicionales que dividen el espacio primordial entre el cosmos y el caos, lo sagrado y lo impuro, lo civilizado y lo salvaje.

Estas antinomias no hacen sino prolongar la dialéctica que encierran las parejas de finito/infinito, próximo/lejano, alto/bajo, vertical/ horizontal, abierto/ cerrado, pequeño/grande, continuo/discontinuo, polaridades y oposiciones de un alfabeto binario que se contrapone a la búsqueda de imágenes de búsqueda simetría, complementariedad, síntesis o inclusión, de las que las representaciones pictóricas y literarias aspiran ser su lograda expresión.

### **El espacialismo como reflejo del “estar ahí” existencial**

Gracias al creciente interés filosófico por las relaciones entre la existencia humana y el mundo, especialmente a partir de las reflexiones fenomenológicas que van de Berkeley a Husserl, el llamado “espacio cultural” o “espacio social” se configura como una experiencia exterior e interior. La imagen del espacio se filtra y se distorsiona a través de mecanismos que transforman toda percepción exterior en experiencia

psíquica y hacen de todo espacio, un espacio experimental. El “espacio contemporáneo” del lenguaje, del pensamiento y el arte se funda en esa “conquista interior”, abierta al mundo. Ese “espacio mental”<sup>5</sup> propicia un espacio intuitivo, sensible, íntimo, espacio vivencial, espacio vivido, “espacio que se tiene”, “espacio que se es”.

Aunque puedan diferenciarse, el espacio exterior y el interior deben comunicarse. De lo contrario, hay alienación, autismo. La comunicación recíproca entre el “exterior” y el “interior” y viceversa propicia puntos de “situación”, de unión y separación, de aislamiento y sociabilidad, de atracción y repulsión de los que la creación artística y literaria son puente y obligado pasaje, pero también lugar de encuentro y síntesis.

En ese “espacio subjetivo” del cual ya hablaba Kant, se relativizan los valores absolutos del espacio geométrico y la visión pretendidamente objetiva de la ciencia. Como resume Gaston Bachelard:

El espacio captado por la imaginación no puede seguir siendo el espacio indiferente entregado a la medida y a la reflexión del geómetra. Es vivido. Y es vivido, no en su positividad, sino con todas las parcialidades de la imaginación. En particular, atrae casi siempre. Concentra ser en los límites que protege<sup>6</sup>.

El espacio que se experimenta en tanto que espacio vivido se convierte en verdadero sistema de referencias de la crítica artística y literaria y de la reflexión filosófica. El *ser-uno* con el espacio supone “habitar el ser” (Maurice Merleau Ponty), es decir vivir en un *dentro* que es una esencia donde el hombre se reconoce y arraiga, ese “*espace du dedans*”, al decir de Henri Michaux, cuya noción es el resultado del condicionamiento exterior múltiple del espacio intencional emergente de la conciencia. Este “espacio que tiene su ser en ti” —sobre el que poetiza Rainer María Rilke— no es sólo ascensión, sino vertiginosa caída, y está poblado tanto de imágenes estelares y de paisajes de vasto horizonte, como de laberintos enroscados sobre sí mismos, de túneles y escaleras interiores, de prisiones y de ruinas circulares.

Las variadas expresiones del espacio exterior ensanchado gracias a su propia dimensión interior, van del indiferenciado mundo circundante al del propio cuerpo individual, de la distancia mensurable de lo real a la profundidad en apariencia in-espacial de los fenómenos psíquicos, aunque esta noción de “profundidad” no haya sido fácilmente aceptada.

Como recuerda Arturo Ardao, “pocos prejuicios más pertinaces, y a la vez más graves, en la historia de la filosofía que el que sustrae del espacio a los fenómenos psíquicos”<sup>7</sup>, prejuicio que deriva de la errónea identificación entre espacio y extensión. En efecto, si todo lo espacial fuera siempre extenso, como los fenómenos psíquicos no son extensos, nunca podrían ser espaciales. Sin embargo — como completa el mismo Ardao — aunque extenso, lo espacial es además *intenso*. *Ex-tensión e intensidad*, o simplemente tensión, son dos caras de una misma realidad de lo “real”. La espacialidad externa que genera el orden de la simultaneidad, tiene siempre el reverso de una intensidad vivida interiormente, lo que no supone una espacial dual, sino un solo y mismo espacio que, por un lado, es exterioridad y por otro interioridad, peculiar manifestación *in-tensa* de lo *ex-tenso*.

El espacio subjetivo se reconoce también en la variedad “connotativa” de planificadores y urbanistas utópicos, en los proyectos de arquitectos y paisajistas, en el recinto cerrado de la casa y en el abierto de la plaza pública<sup>8</sup>, en el espacio ensalzado por excelencia, espacio feliz o espacio exterior de hostilidad, odio y combate, pero también en la dinámica del viaje. El recorrido exploratorio del aventurero, el camino sacralizado del peregrino, el deambular del simple transeúnte, son ámbitos de vida y expresión del *homo viator* que “hace camino al andar”. Pero es en la “descripción literaria” donde términos como camino, escenario, distancia, horizonte, lugar, universo y paisaje se convierten en las figuras privilegiadas de la verbalización descriptiva del *estar-aquí*.

La intencionalidad del sujeto define, pues, la objetividad de las cosas y toda descripción del espacio, incluso en las proyecciones cartográficas, atenuadas a reglas codificadas como planos, mapas y planisferios, no son otra cosa que el resultado de las convenciones por las cuales el *medium* se disimula entre el objeto y la representación científica. En esta perspectiva se puede llegar a concebir la geografía como una metáfora, en tanto representa hechos sociales y existencialmente relevantes bajo la forma de la abstracción de un territorio. ¿No decía acaso Robert Luis Stevenson que “no hay mejor materia para un sueño que un mapa”?

El valor intrínseco de esta abstracción no se resume en los metros que miden el interior de un espacio o a las coordenadas — longitud, latitud, altitud — que lo dividen con precisión geométrica, sino que va mucho más allá. Gracias a las sugerentes representaciones simbólicas que la

extensión abstraída de la geometría suscita, el determinismo físico, la visión única y absoluta de la ciencia geográfica se ha abierto a un pluralismo teórico y conceptual capaz de describir el espacio a través de una multiplicidad de lenguajes, órdenes y formas que no necesitan ser recíprocamente excluyentes.

Por lo pronto, porque la noción de espacio físico, está determinada por lo que lo rodea y envuelve —medio, ámbito, atmósfera, ambiente, contorno, zona, sitio, extensión, distancia— nociones que componen un verdadero “sistema de lugares” del imaginario contemporáneo y un campo semántico de sugerentes significaciones. Así, en culturas como la japonesa, una sola palabra —*fûdo*— puede resumir un conjunto de nociones como territorio, clima, paisaje y costumbres de sus habitantes. Si clima tiene para nosotros la doble acepción de clima metereológico correspondiente a una zona y la más amplia del “clima” de una situación o de un momento psicológico, el *fûdo* japonés sintetiza la peculiar relación entre la naturaleza y la cultura en un espacio determinado. Relación más compleja que el “medio”, tal como lo entendemos en occidente a partir de Hipólito Taine.

La apertura conceptual del espacio también se traduce en las “metáforas espaciales” que impregnan el lenguaje cotidiano, hecho de expresiones como “sentido común”, “perspectivas de futuro”, “distancia interior”, “línea del partido”, “tener un horizonte en la vida”, “plano divino”, “dirección clara”, “estar desorientado”, terminología de superficies que se abre a una rica polisemia. La experiencia del espacio se confunde con su representación concreta en las expresiones no siempre literarias como “descenso a los infiernos”, estar en “las alturas”, “clase alta”, “salarios bajos”, referencias espaciales que demuestra hasta qué punto la espacialidad del lenguaje es una intuición *a priori* de la razón, como ya sospechaba Kant. Gerard Genette habla de un “verdadero campo de nociones”<sup>9</sup>, que se traduce en las técnicas y códigos del lenguaje de la perspectiva pictórica y escultórica, en los planos y el montaje cinematográfico, a los que podríamos añadir los espacios virtuales creados por la informática.

La relación del arte con el espacio puede fundarse en el horror al vacío y en la eliminación de todo intersticio que preconiza el barroco, en el punto de vista del *behaviorismo* y de “la escuela de la mirada” del *nouveau roman* o en la significación del “espacio en blanco” de las

expresiones artísticas contemporáneas, esa "nada, anterior a todo nacimiento", de la que habla Kandinsky en la pintura y que Maurice Blanchot define para la literatura como "soledad esencial".

Esta preocupación pluridisciplinaria por el espacio es lo que se denomina el espacialismo, que no es, en ningún caso, una escuela o un movimiento filosófico, sino una nueva actitud que refleja la preocupación del "estar ahí" existencial. Los signos de esta presencia se reconocen en los espacios múltiples de la antropología natural y de la cultural o social. En todos ellos hay un espacio común, noción epistemológica construida más allá de cualquier diferencia disciplinaria<sup>10</sup>. Como afirma E. Hall, "todo lo que el hombre hace está vinculado a la experiencia del espacio"<sup>11</sup>. Sin caer en la medición antropológica del espacio que propone el mismo E. Hall al dividir la proxemia, verdadera disciplina de la proximidad, en tres zonas: la intimidad de 0 a 0,50 centímetros, la relación personal de 0,50 a 1,5 m. y la relación social de 1,5 a 6 metros, es evidente que todo espacio se fija a partir de los límites que una relación personalizada establece. La "espacialidad de la vida humana" reivindica un "lugar de encuentro social" propio, donde el hombre "afincado en ese territorio podrá resistir mejor los ataques del mundo, hacerse su vida"<sup>12</sup>.

Esta relación del hombre con el ambiente es factor determinante de la creación artística y de la definición de caracteres y comportamientos humanos<sup>13</sup>, un "reflejo del mundo exterior en la imaginación del hombre" que seduce a Humboldt en su obra *Cosmos*, dimensión del espacio que puede ser mítica o simbólica en la perspectiva de Ernst Cassirer, tal como la enuncia en su *Filosofía de las formas simbólicas*.

En todo caso, el espacio no es nunca neutro. Inscripciones sociales asignan, identifican y clasifican todo asentamiento. Relaciones de poder y presiones sociales se ejercen sobre todo espacio configurado. El territorio se mide, divide y delimita para mejor controlarlo, a partir de nociones como horizonte, límite, frontera, confín y el espacio vital se abre a nuevas relaciones de dominio, de trasgresión y a formas de diferenciación espacial que pueden ser tanto naturales y espontáneas como artificiales o de dominación. Zonas fronterizas, recintos sagrados, territorios míticos, fronteras políticas, fronteras vivas, procesos expansivos, reductos inaccesibles o prohibidos, tierra prometida, prácticas fundacionales territoriales, surgen de este proceso de división y fragmentación del espacio y de la idea, tan



difícilmente de erradicar del espíritu humano, de esa “necesidad de la existencia de límites”.

En este contexto, cobran importancia las funciones de la orientación, esos referentes de profunda significación simbólica como son los puntos cardinales — Norte, Sur, Este y Oeste — y los de la situación axial de todo objeto en el espacio: la cruz marcando direcciones que todo observador puede desplegar a partir de su punto de vista y de su localización en el espacio. “Estas marcas equidistantes son por eso, en el horizonte — precisa Ardao— los puntos principales, fundamentales, es decir, *cardinales*; expresión esta última cuya etimología latina encierra una significación axial”<sup>14</sup>. Cumple así una función de *orientación* en relación a un horizonte.

En efecto, el punto de vista es inseparable de la noción de horizonte. Si quedaran dudas sobre la íntima relación de objeto y sujeto, de interior y exterior que todo espacio conlleva, la noción de horizonte la disiparía, ya que el horizonte se configura a partir de un sujeto y no tiene realidad objetiva. Aunque no puede ser localizado en ningún mapa, el horizonte acompaña toda percepción de un paisaje en esa mezcla de “dentro y fuera” que resulta del encuentro de una mirada con el mundo exterior, en el metafóricamente llamado “punto-yo”.

El espacio es uno y comprende los mundos del dentro y del fuera en ese intercambio en que se funda todo trazado de la línea del horizonte. Claro está que su función en la organización del campo de la percepción es ambigua, ya que el campo que delimita en el territorio interior en el que el paisaje se estructura como conjunto estable, varía fácilmente. El horizonte se aleja, cambia con el movimiento en el espacio, sea cual sea la dirección elegida. Si bien el horizonte es inasible, ayuda a configurar un espacio orientado, al dividir el mundo entre cielo y tierra, arriba y abajo, cercano y lejano. Es más, le da sentido, lo que significa, como bien ha señalado Michel Collot, que:

Todas estas direcciones dan un sentido no sólo al espacio, sino a la existencia misma y tienen un valor simbólico que no ha pasado desapercibido a los poetas: “profundidad del espacio, alegoría de la profundidad del tiempo”, escribía Baudelaire. La amplitud de la mirada corresponde a la amplitud de la vida. El horizonte está vinculado sobre todo a la dimensión del *porvenir del proyecto y del deseo; el ser humano es un “ser de lejanías”* y tiene necesidad de una lejanía que,

como el horizonte, quede al mismo tiempo a la vista pero siempre alejado, para orientar y sostener el impulso de su existencia.<sup>15</sup>

Sin embargo, dos fenómenos divergentes parecen confabular contra la seducción de los aspectos relacionales que todo espacio suscita. Por un lado, la tensión entre lo próximo y lo lejano se desdibuja en la facilidad de comunicaciones, en la transmisión de imágenes que irrumpen en hogares y pantallas, aboliendo la distancia no sólo espacial, sino temporal, ubicuidad televisual e informática que ha creado verdaderas *telépolis*<sup>16</sup> en la “aldea global” del mundo.

Verdaderas ciudades sin fronteras, desterritorializadas por la extensión totalizadora de las tecnologías audiovisuales y de la información y por la comunicación a distancia, las *telépolis* del mundo actual, pese a su carácter de simulación y representación, producen efectos sociales mensurables. Estar en un lugar significa al mismo tiempo una forma de “estar en el mundo” gracias a la radio, el teléfono, la televisión y las vinculaciones que propician redes informáticas y de correo electrónico. El espacio más cerrado de una habitación o de una casa, se comunica con el exterior, forjando redes e inevitables relaciones individuales y sociales, donde los pasajes del espacio interior al exterior se multiplican. Al vivir en la yuxtaposición de imágenes reales y virtuales, al abolir distancias y al difuminar un aquí y un allá en la simultaneidad, el punto de vista privilegiado, el lugar de presencia fundador de tantos horizontes y símbolos de existencia, pierde parte de su natural intensidad y se diluye en el calidoscopio del espacio y del tiempo sincrónico.

Por otro lado —¡lo que es un verdadero contrario!— el espacio que estalla en la fragmentación provoca repliegues de la conciencia que llevan a la construcción de refugios en el interior de espacios protegidos con barreras y fronteras. El espacio que tendía naturalmente a la apertura se cierra. Desde el *cooconing* individualista (cuando no egotista) al nacionalismo, pasando por el creciente espíritu corporativo y obsesionado por la seguridad; el rechazo del *otro* y el regionalismo de raíz étnica, religiosa o lingüística, todo conduce a que el espacio se fragmente y se aisle, levantando fronteras donde no las había e incomunicando entre sí territorios en nombre de diferencias y particularismos exaltados y no siempre justificados.

## Los espacios del tiempo

Para comprender la verdadera dimensión de la reflexión contemporánea sobre el espacio, debe recordarse —como hace Arturo Ardao en *Espacio e inteligencia*— que la autonomía conceptual que se ha ido elaborando en las últimas décadas, sólo ha sido posible gracias a los estudios iniciales sobre la noción del tiempo, desarrollados a partir del pensamiento existencialista y fenomenológico. Con la irrupción secularmente postergada del “temporalismo en el drama metafísico” contemporáneo de que habla Francisco Romero, una manera de ver (y de leer) espacialista ha ido ganando el lugar propio que reivindica ahora como verdadera temática, por lo que puede afirmarse, casi como en un juego de palabras, que “ha llegado el tiempo del espacio”.

El tiempo es pues consustancial, como dirían los teólogos, con las otras dimensiones de lo real, como es el caso del espacio, pero también de la materia misma, ese “coeficiente de existencia” que es posible aprehender por medios científicos y sensoriales. El espacio-tiempo es la propia experiencia, lo vivido, el lugar de la memoria y de la esperanza y, en la medida en que es posible representárselo, se lo puede reconstruir en la conciencia o, simplemente, recrearlo, crearlo, inventarlo en la ficción novelesca o poética.

La temporalidad del espacio, los “espacios del tiempo” de que hablaba Juan Ramón Jiménez, supone que todo espacio mental tiene un pasado y un futuro. En ese tejido se inserta el espacio de la vida presente con su carga no sólo recordable o anticipante, sino operante. Con el espacio de “detrás” (pasado) y el de “delante” (futuro), abre sus puertas a otros ámbitos de acción, temporalidad transversal que no hace sino enriquecerlo. La propia cultura y la lengua, la investigación y la expresión artística están condicionadas por esta inscripción en el tiempo.

El tiempo se espacializa como recuerdo. Al fijar el instante, se escenifica. Si ello es claro en el cuadro o la escultura que retienen el gesto, también lo es en toda reconstrucción novelesca, tentada por la descripción visual y por la sucesión “espacial” de escenas que componen su propia historia.

Claro está que la íntima relación entre espacio y tiempo que el poeta René Char resume en la condensada imagen del relámpago en el cielo, lo efímero que da al mismo tiempo una idea de lo eterno en la fulguración

del instante, ya estaba insinuada en el pensamiento clásico de Heráclito cuando hablaba de la “distancia” que existe entre la tensión del arco y el impacto de la flecha en su objetivo. También lo estaba en la aparente petición de principio de Aristóteles cuando escribía “Medimos el tiempo gracias al movimiento y el movimiento gracias al tiempo”.

Un *aquí* y un *ahora* estrechamente fusionados que explican la dimensión de historicidad que puede reconocerse en todo espacio y en la dimensión espacial de todo devenir. Una historicidad del espacio que ha ido configurando una visión diacrónica de disciplinas sincrónicas como la física y la biología. Un espacialismo histórico que funda los trabajos de la historiografía contemporánea de Frederic Jackson Turner en su trabajo seminal, *The Significance of the Frontier in American History* (1893), y de historiadores como Fernand Braudel, para quién “la duración es un camino recto y uniforme, al que las etapas del calendario dividen en trozos claramente determinados”.

La percepción del “tiempo vivido”, que Minkowski convirtió en un texto clásico, el ya citado *El tiempo vivido*<sup>17</sup>, completa la temporalidad del “estar en el mundo” con la del “espacio vivido”, en el que Arturo Ardao funda la tesis central de *Espacio e inteligencia*, ya que apenas tratamos de representarnos el tiempo, éste asume la forma de una línea recta. El tiempo se mide en la “distancia” de horas, meses y años, recorrido que pese a ser una ficción permite una fácil representación del paso del tiempo, ese fluir que no es sólo temporal sino un movimiento en el espacio. ¿No se mide, acaso, el tiempo que marcan los relojes en función del movimiento de translación de la tierra sobre sí misma y en la órbita solar?

Por ello las categorías del movimiento espacial no pueden concebirse sin su dimensión temporal. Por eso, también, el tiempo se espacializa en la cronología, la medida fraccionada de su transcurrir (“el tiempo que pasa”) representado en una línea recta, eje pautado por fechas y fracciones homogéneas, el calendario, sobre el que se proyecta no sólo el pasado, sino el futuro en forma de agenda, cronogramas y planes “espaciados” en el tiempo. Si la historia se fragmenta en unidades temporales —minutos, horas, días, semanas, meses, años o siglos— la representación espacial no ha podido escapar a este “mecanicismo” impuesto por la medida del reloj. La distancia, especialmente en cuanto representa viaje, movimiento, se mide

también en horas, en el tiempo necesario para ir de un lugar a otro.

Es claro que si la definición ontológica del espacio es inclusiva de la de tiempo, indisociabilidad que ha inscrito la temporalidad de la vida humana en una “exterioridad” inevitable, la interdependencia entre tiempo y espacio también se comprueba en la física y en las matemáticas y se extiende a la metafísica, al punto de que Samuel Alexander afirma que “no hay espacio sin tiempo, ni tiempo sin espacio [...]; el espacio es por naturaleza temporal y el tiempo espacial”<sup>18</sup>, ya que, si fuera intemporalizado, carecería de elementos que permitieran distinguirlo. Una relación que Eliseo Reclús convirtió en su obra *El hombre y la tierra* en la afirmación “la geografía es la historia en el espacio, tal como la historia es la geografía en el tiempo”.

En todo caso, muchos espacios míticos rezuman “temporalidad”, como gráficamente llama Ricardo Gullón a los espacios que proyectan una secuencia de acontecimientos. Estos “espacios históricos” por antonomasia superponen no sólo las representaciones de lo visible, sino las de la memoria individual y colectiva, referentes connotativos no siempre vividos, sino también aprendidos o simplemente leídos. Basta pensar en la carga de lecturas y referentes que las tierras de los escenarios de la *Biblia* o de la antigüedad clásica —Grecia y Roma— conllevan. Del mismo modo, la “memoria literaria” impregna el espacio de la Mancha con los referentes inevitables de *Don Quijote*.

Por su parte, quienes recuerdan que los fenómenos y procesos psíquicos son tan espaciales como temporales, en la misma forma en que los fenómenos y procesos físicos son tan temporales como espaciales, subrayan que el transcurrir del psiquismo acontece “a la vez” en el espacio y en el tiempo. Estas nociones no son separables, pese a las ilusiones de simultaneidad espacial que dan frases como “al mismo tiempo”, y a la dificultad de “espacializar” el “antes” y el “después” de lo que sucede en un mismo lugar.

El espacio supone siempre al tiempo y el tiempo supone siempre al espacio. Todo fenómeno psíquico tiene un *aquí* tanto como un *ahora*. En todos los casos, el espacio es “un campo de fuerza” y una “prolongación de un campo temporal” donde se expresa la actividad del ser humano.

## Espacio y creación literaria

El esfuerzo actual del espacialismo por relativizar y hacer cambiante el espacio de la física, ha existido, por el contrario, desde siempre en la creación literaria. La emergencia del espacio subjetivo se produce espontánea y —nos atreveríamos a decir— inevitablemente en el texto novelesco. Esta “invención” le confiere una realidad propia que el lector acepta sin dificultad, en la medida en que el espacio verbal del yo narrador es “un contexto para los movimientos en que la novela se resuelve”<sup>19</sup>, construcción estilística hecha de reiteraciones, alusiones, paralelismos y contrastes fundantes del “lugar de la ocurrencia”, donde los personajes están y, por lo tanto, son.

El estar determina el ser, relación que la crítica ha traducido en general en los análisis sobre paisajes, ambientes, descripciones que forman parte del espacio novelesco, espacio que supone el lugar donde se desarrolla la intriga, verdadera red de relaciones suscitadas por el propio texto. Como ha precisado Jean Weisberger:

El espacio de la novela es en el fondo sólo un conjunto de relaciones entre lugares, el medio, el decorado de la acción y las personas que ésta presupone, es decir, el individuo que cuenta los acontecimientos y las gentes que participan en ellos <sup>20</sup>.

Si no siempre un paisaje contemplado traduce un estado de ánimo, el espacio suele estar ligado a la psicología de los personajes y condiciona su carácter. “*Le dehors est notre patrie*”— resume Salah Stetie— para añadir:

Poetas, somos un pueblo del exterior. El espacio en sus tres dimensiones es el más común de nuestros sueños. Amamos lo que se mueve en el espacio y lo que se mantiene inmóvil <sup>21</sup>.

El “exterior como patria” es evidente en las llamadas novelas hispanoamericanas de la tierra (*Doña Bárbara* y *Canaima* de Rómulo Gallegos) y en la creación de “territorios” míticos como Comala en la obra de Juan Rufo, Santa María en la de Juan Carlos Onetti o Macondo en el universo de Gabriel García Márquez. Pero no todo exterior es “patria”. Puede ser también desarraigo y exilio en la proyección metafórica de la búsqueda del espacio a través del motivo narrativo del viaje. *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier y *Rayuela* de Julio Cortázar son novelas

paradigmáticas del movimiento centrípeto y el movimiento centrífugo en que se expresa la búsqueda de la identidad en la narrativa latinoamericana.

Pero el espacio novelesco, el “lugar”, es sobre todo, “otro sitio” complementario del sitio real desde el cual es evocado. La ficción, como precisa Michel Butor, “*dépayse*”. El espacio novelesco puede ser la construcción de un espacio auto justificado y cerrado, como las figuras de la biblioteca y el laberinto en la obra de Jorge Luis Borges o espacios de figuración simbólica, paralelos y engañosos, multiplicados al infinito para desorientar como *El castillo* de Kafka, espacio paradójico por excelencia.

El espacio puede estar confinado en una ciudad (*Adán Buenosayres* de Leopoldo Marechal), en la variedad de su catalogación alegórica (*Las ciudades invisibles* de Italo Calvino) o en la creación de “zonas” de tipos y caracteres humanos como en *62, Modelo para armar* de Cortázar. El espacio puede ser cerrado, la habitación de una pensión en *El pozo* de Juan Carlos Onetti y en *L'Enfer* de Henri Barbusse. El espacio puede ser “comunicante” a través de las “galerías secretas” o la “continuidad de los parques” de Julio Cortázar o causa de la disolución del personaje en el espacio selvático de *La vorágine* de José Eustasio Rivera. Finalmente, en la poesía pampeana de Jules Supervielle, se puede vivir “el vértigo horizontal” de la extensión.

El “espacio-refugio” de un cierto tipo de literatura, transformado en el “temible espacio-refugio donde algunos artistas y escritores actuales han construido sus laberintos”<sup>22</sup> de que habla Gérard Genette, confirma la topología desconcertante de un mundo donde el espacio euclidiano ha sido neutralizado por las nociones del espacio-curvo, de las complejas relaciones entre espacio y tiempo y la presencia de la cuarta dimensión y, sobre todo, por la yuxtaposición espacio-temporal de los recursos de la narrativa contemporánea. Basta pensar en la superposición de espacios, en la irrupción de recuerdos, en ese “medio indeterminable, donde yerran los lugares” del espacio en la obra de Marcel Proust analizado por Georges Poulet.

Todo espacio que se crea en el espacio del texto instaura una gravitación, precipita y cristaliza sentimientos, comportamientos, gestos y presencias que le otorgan su propia densidad en lo que es la continuidad

exterior del espacio mental. En resumen, en lo que es la creación de un espacio estético. En estos casos, el escritor “gana espacio”, como decía Rainer María Rilke, al crear nuevos espacios. Donde termina un espacio real, empieza el espacio de la creación.

Este espacio creado invita a los topo-análisis del “espacio feliz” que propone Gaston Bachelard en *La poétique de l'espace* y en *La terre et les rêveries du repos*, a los estudios críticos sobre el “espacio del texto” de Georges Poulet y de Maurice Blanchot y a los del “espacio genético y espacio plástico” de Francastel y de “la mirada en el espacio” de Jean Paris. Gracias a estos autores la dimensión ontológica del espacio integra la dimensión topológica como parte de una comunicación y tránsito natural del exterior al interior y viceversa.

Estos modos de “organizar” el mundo según circunstancias creativas que generalmente son tan dinámicas como envolventes, pero en todo caso subjetivas e interiorizadas, se traducen también en el espacio novelesco resultado de una tensión, de una escisión y de una disconformidad con lo real. Los impulsos de cambio y de creación de “otra realidad” se traducen en sueños, utopías generadoras de espacios alternativos o de simple evasión, pasajes sutiles de los planos reales a los fantásticos, esos planos que invitan al “juego de espacios” de *Utopiques* en la obra de Louis Marin y cuyos signos se reconocen sin dificultad en buena parte de la narrativa hispanoamericana contemporánea, cuyos autores no serían otra cosa que “buscadores de utopías”.

Sin embargo —como recuerda Ricardo Gullón en *Espacio y novela*— es en la lectura donde se produce la verdadera dilatación del espacio literario, es decir, donde el texto “da de sí” y donde el encuentro autor-lector, desencadena una cadena de respuestas que no sólo es decodificación, sino ajuste a una realidad verbal que pide ser completada<sup>23</sup>. El lector introduce un nuevo punto de vista y tiende puentes y abre pasajes entre su propio espacio y el de la obra a través de esa “comunidad de evidencias” en las que se reconoce y se apoya. La lectura invita a la trasgresión de fronteras establecidas, a la comunicación entre espacios diferenciados. No otra cosa nos sugiere la dimensión “inteligente” del espacio que nos propuso Arturo Ardao. Confiamos que a esa “comunidad de evidencias” a que invita la lectura de *Espacio e inteligencia*, tienda el espacio de este texto en su homenaje, concebido como una modesta prolongación del suyo.



### Notas:

- 1 Arturo Ardao, *Espacio e inteligencia*, Montevideo, Biblioteca de Marcha/ Fundación de Cultura Universitaria, 1993, p.7.
- 2 Los estudios de Arturo Ardao sobre el racionalismo teísta y el deísta, sobre la masonería, el catolicismo masón, el espiritualismo ecléctico, los movimientos anticlericales, el liberalismo, el positivismo (*Racionalismo y liberalismo en Uruguay*, 1962) y su fundada apuesta por un José Batlle y Ordoñez más cercano del espiritualismo que del positivismo con el cual se lo identificaba tradicionalmente (*Batlle y Ordoñez y el positivismo filosófico*, 1951), permitieron sistematizar las claves del ingreso a la modernidad ejemplar del siglo XX.
- 3 En un posterior encuentro en Montevideo en septiembre de 1996, Don Arturo me obsequió la segunda edición, revisada y ampliada, publicada en 1993 por la Biblioteca de Marcha y la Fundación de Cultura Universitaria. Allí renovarí mi lealtad y reconocimiento.
- 4 Esta noción actual del espacio puede, sin embargo, rastrearse en el imaginario de la literatura clásica. Luciano en su *Historia verdadera* hace viajar una nave por los aires hasta la luna y el sol, aventura que reitera Cyrano de Bergerac en *Etats et Empires de la Lune et du Soleil* (1657) y que De Fontenelle sintetiza, tanto del punto de vista literario como científico, en *Entretiens sur la pluralité des mondes*, tema que retoma Julio Verne al inaugurar la ciencia-ficción contemporánea.
- 5 Entendemos el "espacio mental" en el sentido explorado por Gilbert Durand en *Les Structures Anthropologiques de l'Imaginaire*, Paris, Dunod, 1969.
- 6 Gaston Bachelard, *La poética del espacio*, México, FCE, 1965, p.17.
- 7 Arturo Ardao, *Espacio e inteligencia*, o.c., p.48.
- 8 "La plaza pública: un espacio para la cultura", en *Culturas*, vol. 4, Paris, UNESCO, 1978.
- 9 Gerard Genette, *Figures*, Paris, Seuil, 1966, p.106.
- 10 Georges Matoré, *L'Espace humain*, Paris, La Colombe, 1962.
- 11 E.Hall, *La dimension cachée*, Paris, Seuil, 1971, p. 9.
- 12 Friedrich Bollnow, *Hombre y espacio*, Barcelona Editorial Labor, 1969, p.113.
- 13 Hipólito Taine en *Filosofía del arte* desarrolló estas ideas que tuvieron una larga influencia y que, tras décadas de haber caído en descrédito, están siendo reactualizadas.
- 14 Ardao, o.c., p.56.
- 15 Michel Collot, "Horizon et poésie", *Poésie-Espace*, Bruxelles, Maison Internationale de la Poésie, 1990, p.133.
- 16 Javier Echevarría, *Telópolis*, Barcelona, Destino, 1994. Según Echevarría esta sociedad es abierta, pero al mismo tiempo limitada.
- 17 Eugène Minkowski, *El tiempo vivido*, México, Fondo de Cultura Económica, 1973.

- 18 Samuel Alexander, *Space, Time and Deity* (1920). Citado por Ricardo Gullón en *Espacio y novela*, Barcelona, Antoni Bosch Editor, 1980.
- 19 Ricardo Gullón, o.c., p.2.
- 20 Jean Weisberger, *L'espace romanesque*. Lausana, Editions L'age d'homme, 1978, p.14.
- 21 Salah Stetie, "Ariane, notre soeur" en *Poésie-Espace*", o.c.
- 22 Gerard Genette, o.c., p.102.
- 23 Gullón, o.c., p. 44.